

DISQUISICIONES

«DAD A DIOS LO QUE ES DE DIOS, Y AL CÉSAR...»

Desde que se nace, si tal acontecimiento acaece en el seno de una familia católica o cuando menos cristiana, el ser humano, en este caso el niño, desde los primeros balbuceos, oye hablar de un Ser omnipotente, todopoderoso y divino que recibe el nombre de Dios. Aquella palabra, para el niño, le mueve a sentir una mezcla de respeto y cariño que imprime a su primera oración que escapa de sus labios dirigida al Dios que los mayores le han mostrado como el cúmulo de todas las bondades y el conjunto de las gracias. En aquel instante se quiere a Dios con toda intensidad, a pesar de la inconsciencia de la edad que influye en la consideración que tiene de los conceptos que se han aprendido a tener en cuenta. Es el amor puro, fruto de una pureza total de cuerpo y alma. Es el amor del alma, que juega un papel importante porque aún no necesita luchar con ningún enemigo que atente contra su integridad y, por tanto, no afecta a su capacidad de amar y dirigir.

Este es el primer paso del católico hacia Dios, un paso que se da con el símbolo de la conciencia exento de resquemores, tentaciones y lazos que sometan el cuerpo a la esclavitud del mundo. Quizá por esta causa no interese plantear un tema de discusión dirigida a este primer paso, porque debido precisamente a su simplicidad carece de ella.

Sin embargo, cuando el niño deja de serlo para convertirse en hombre, es cuando empieza realmente a plantearse el problema, que merece se le conceda una atención firme que permita convencerse de la real importancia de la cuestión.

Indiscutiblemente que el hombre, el católico, se enfrenta con dos problemas que, definidos, podrían citarse como ejemplo sinonímico de estar entre la espada y la pared. De una parte el amor, la obediencia, el deber de mantenerse equilibradamente en el camino que Dios desea se mantengan sus hijos en la tierra. De otra, la misma tierra ofreciendo una y otra vez una serie de placeres, de incentivos con los que el hombre convive y a los que no puede ignorar porque forman parte de su existencia cotidiana. El cuerpo forma parte del mundo y es, por tanto, materia fácil a la seducción de estos placeres e incentivos que el mismo mundo ofrece; pero esto no representa, ni muchísimo menos, una excusa con la cual pueda quedar relegada la responsabilidad del hombre ante el futuro.

El mundo es una prueba que Dios pone en el camino del hombre. Es una prueba de resistencia, en la que el cansancio y la fatiga no

cuentan, como tampoco pueden contar la debilidad y el relajamiento. El corredor, cuando salta las vallas, deja tras de sí, uno a uno, los obstáculos que le entorpecen el paso; piensa en la victoria que le proporcionará el llegar a la meta sin haber derribado ninguno, sorteándolos con el esfuerzo de sus piernas y la habilidad de sus músculos, íntimamente relacionados con la inteligencia. El esfuerzo le mueve su pundonor en conquistar la victoria. Pues el hombre en la tierra, como ser «humano», no es más que un corredor de obstáculos movido por la ambición de sortearlos hasta llegar al alcance de la victoria, que es Dios. El débil no puede competir. Su cansancio le mueve al abandono y, por tanto, a la retirada y a la pérdida de la ambición.

¿Es lícita la pérdida de la ambición religiosa? Para el católico, no. El católico, al adjudicarse tal calificativo, se aviene al cumplimiento de unas leyes cuyo primer mandato es amar a Dios no en simples y vanas demostraciones exteriores, que pueden rebasar los límites del disimulo y caer en las redes de la hipocresía, sino de una forma verdadera y plena de sinceridad. Sinceridad. He aquí quizá uno de los principales puntos que resultan íntimamente interesantes de remarcar hoy por hoy.

Sinceridad es sinónimo de verdad y fortaleza. Dios no pretende que el hombre fuerte que sabe lo es lo anuncie una y otra vez con jactancia. Quiere silencio, recogimiento y humildad, sin por ello caer en un misticismo que el hombre, como individuo humano y en pleno contacto con la vida, a ninguna parte le conduce. Pretende, eso sí, que el débil adquiera la fuerza necesaria para vencer y que luche por el logro de esta firmeza de espíritu. Que adquiera alientos suficientes con los cuales prestarse a la lucha definitiva. ¿Dónde hallar estos alientos? En El.

¡Hombre débil, frío de corazón, busca a tu Dios, háblale, pídele, supléale sinceramente que te ayude a encontrarlo! Entra en la iglesia, llena o solitaria, arrodíllate a los pies del altar, fija tu mirada en el Sagrario, hunde la cabeza en tu pecho y ruega. Sé sincero con El, recuerda su cuerpo y su sangre, olvida el mundo por unos instantes y con toda tu alma, con la sinceridad del que busca la protección que ansía, repite: «¡Dios mío, ayúdame a tener fe!» Con sencillez, ofreciendo todo tu amor, buscando la verdad de ti mismo en Aquel que te espera con los brazos abiertos y el corazón henchido de gozo. ¡Dios mío, ayúdame!

Pagar el tributo al mundo debe hacerse con lo que es propiamente del mundo, pero dad a Dios lo que sea de Dios sin regatearle esfuerzo ni sacrificio. ¿Por qué negar a Dios lo que exige de nosotros y, sin embargo, al César no negarle nada? El César (el mundo) exige una

dedicación total a cambio de satisfacer al cuerpo mediante placeres que, satisfechos, son olvidados y exigen en sucesivas ocasiones mayores tributos. Vanidad, ambición material, lujuria, son placeres que el hombre se empeña en considerar de primer orden y a los cuales observa una dedicación que a menudo cae en el más absurdo ateísmo.

Aquella inocencia que en la niñez hacía pronunciar el nombre de Dios con respeto y veneración no debe ser olvidada. ¿Qué gana el hombre perdiendo su inocencia? ¿Es acaso más varonil rechazar a su Dios, pervertir su cuerpo y rodear de frialdad el corazón? La vida no puede pervertir ni los años tampoco, cuando alienta el firme propósito de no dejar que ninguna influencia penetre con verdadera rai-gambre en uno mismo. La inocencia a un gran número de seres les causa risa, pero no saben que lo que no sea inocencia y sí todo lo contrario promueve tristeza.

No es óbice el mundo y sus tentaciones para que la integridad espiritual se mantenga en el mismo grado de volumen que si tales tentaciones no existieran. El mundo y Dios, creo que por poco que se esfuerce la mente y el corazón, ocupan dos lugares perfectamente delimitados en el hombre. No puede haber engaño porque este mismo hombre, hoy frío, alejado, asentado en la cómoda posición de situarse como mero espectador de todo cuanto no despierta su interés, y que una vez de niño conoció el verdadero significado de Dios, cite al mundo como causa de su frialdad religiosa. Este hombre —símbolo de muchos— no debía, bajo ningún concepto, haber olvidado su inocencia de antaño, si bien hubiera podido acrecentarla en un mayor acercamiento a Dios, sin dejar por ello de ser humano y ocupar un puesto en la tierra.

Sigue en su mano el conseguirlo.—ROBERTO SALADRIGAS RIERA.